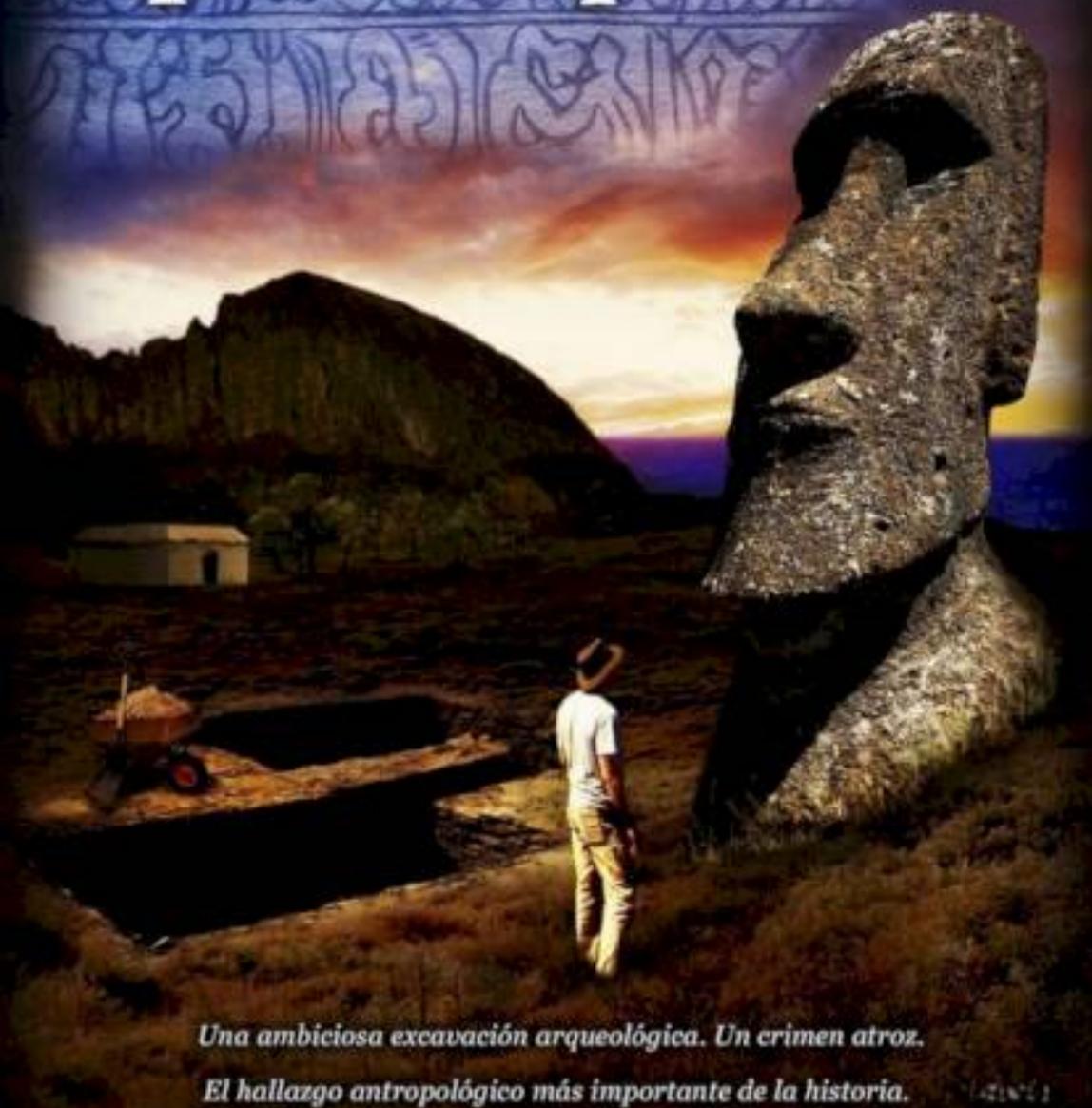


JOSÉ VICENTE ALFARO

EL LLANTO DE LA ISLA DE PASCUA



Una ambiciosa excavación arqueológica. Un crimen atroz.

El hallazgo antropológico más importante de la historia.

ALFARO

Un arqueólogo español entra a formar parte de una ambiciosa excavación que pretende arrojar un poco más de luz sobre los numerosos enigmas que todavía hoy persisten en torno a la Isla de Pascua. Un crimen atroz y la sospecha de hallarse ante un descubrimiento antropológico sensacional, le situarán en el centro de una conspiración de la que se acabará convirtiendo en involuntario protagonista.

Tras el éxito de su primera novela (*La esperanza del Tíbet*), José Vicente Alfaro nos propone ahora un viaje lleno de intriga a uno de los lugares más cautivadores del planeta. A través de sus páginas tendremos ocasión de conocer la cultura rapanui y realizar un recorrido por la historia de la isla, deteniéndonos en sus episodios más destacados: el incierto origen de sus primeros pobladores, la fabricación y el traslado de los descomunales *moai*, las terribles guerras internas, el culto al hombre pájaro, su misteriosa escritura jeroglífica, el contacto con los primeros exploradores europeos, y la evangelización llevada a cabo por los misioneros católicos, poco antes de su definitiva anexión a Chile a finales del siglo XIX.

Para mi madre. Siempre.

INTRODUCCIÓN

La Isla de Pascua es una formación volcánica de apenas doce kilómetros de ancho por veinticuatro de largo, poco más que una mota de polvo enclavada en mitad del océano Pacífico. Su particular situación geográfica la convierte, además, en el lugar más alejado de cualquier otro rincón poblado del planeta: al Este dista 3600 kilómetros de las costas chilenas y al Oeste, 2600 kilómetros de las islas Mangaeva de la Polinesia Francesa. Desde la Isla de Pascua, el lugar más solitario del mundo, tan solo se alcanza a divisar un horizonte de aguas infinitas, salvo de noche, cuando la luna suspendida del firmamento constituye el único pedazo de tierra que los nativos han tenido a la vista a lo largo de toda su historia.

El poblamiento de la isla —de origen todavía incierto— se produjo hace aproximadamente unos mil seiscientos años, según estima la ciencia. Y pese a las evidentes limitaciones de espacio y a la absoluta carencia de influencias externas, desafiando todo atisbo de lógica o razón, se desarrolló una portentosa civilización capaz de esculpir, transportar y erigir cientos de colosales estatuas de piedra, así como de crear un sistema de escritura propio, único en toda Oceanía.

El primer contacto con el mundo occidental no se produjo hasta el siglo XVIII, y sus efectos fueron tan devastadores, que apenas bastaron cien años para colocar a la población indígena al borde de su extinción. Como consecuencia de ello y de otros colapsos sufridos en el pasado, la memo-

ria del pueblo rapanui acabó perdiéndose para siempre, sin que sus supervivientes, al ser preguntados por los etnólogos y antropólogos del siglo XX, supieran ya ni cómo ni por qué sus antepasados lograron realizar semejantes prodigios.

La tradición oral rapanui se encuentra sesgada y repleta de interrogantes. El tiempo y las catástrofes sepultaron la historia de sus ancestros, la cual procuraron reconstruir sus modernos habitantes a base de mitos y leyendas. La Isla de Pascua conserva aún intacto su halo de misterio y su pasado más remoto persiste entre tinieblas, constituyendo hasta la fecha uno de los principales enigmas de la arqueología.

Año 1195 a. C.

Isla de Pascua

Los primeros pobladores de Pascua arribaron a la isla tras un largo periplo de ciento diecisiete días. El suyo no era un pueblo de grandes navegantes, pero no les había quedado otra opción. Habían partido de costas peruanas en enormes balsas de troncos provistas de una vela cuadrada, una orza de deriva y una espadilla de popa. Se habían echado a la mar con la esperanza de hallar tierra en algún punto de la incierta travesía. Y cuando por fin divisaron la isla, velada por una tiniebla blancuzca y rodeada de elevados farallones, les pareció que estaban soñando o que la dureza del viaje les había conducido hacia su delirio final.

Eran apenas un centenar. Los últimos de los suyos que quedaban sobre la faz de la Tierra.

Ellos habían existido desde los albores de la humanidad, hace miles de años, repartidos por todos los rincones del planeta, desde el continente americano hasta Asia central. Sin embargo, como consecuencia de la gran inundación acaecida en la Antigüedad, sumada a la propia acción del hombre, habían acabado reducidos a un número muy escaso, obligados a huir para procurar su supervivencia.

La historia de su pueblo había sido trágica desde sus comienzos, pues los hombres habían sentido siempre un miedo irracional hacia los de su raza y los habían combatido con fiereza, ansiosos por lograr su erradicación. Era tal

el pavor que sentían hacia ellos sus enemigos, que darles muerte no resultaba suficiente. Después quemaban sus cuerpos y hacían trizas sus huesos, en una suerte de conjuro para que los de su especie no volviesen a resurgir.

Pese a que ellos eran más fuertes, en las batallas siempre llevaban las de perder. Los hombres eran más numerosos, además de que luchaban movidos por un visceral odio hacia lo diferente, del que se valían para infundirse un coraje mayor. Si a las masacres derivadas de las guerras le sumabas las provocadas por las enfermedades, ante las cuales los de su raza parecían sucumbir con especial facilidad, indudablemente el destino de los suyos no podía ser otro que la extinción.

Atracaron en la bahía y descendieron de las balsas con la intención de explorar la isla. Pronto certificaron que se hallaba desierta. La isla tenía forma de triángulo y en cada uno de sus vértices se alzaba el cráter de un volcán inactivo. La fauna era prácticamente nula, pero la vegetación abundante, con grandes extensiones de palmeras y espesuras de toromiro e hibisco. Se adaptarían a los recursos del entorno. Obtendrían los alimentos mediante la pesca y la agricultura, y verían satisfecha su sed, además de por las lluvias, gracias a los manantiales de agua subterránea que discurrían por las interioridades de la isla, plagada de cavernas que horadaban tanto la meseta como los acantilados.

El líder del clan confirmó aquel lugar apartado del mundo como el nuevo hogar de su pueblo. Sabía que los hombres, antes o después, acabarían por llegar incluso a aquella remota isla enclavada en mitad del vasto océano, pero estimó que aún transcurrirían varios siglos hasta entonces, tiempo durante el cual esperaba que los últimos de los suyos pudiesen vivir en paz.

Su pueblo gozaba de una larga tradición en arquitectura monumental, a la que aplicaban las más sofisticadas técnicas, habiendo llegado a edificar en tierra continental incon-

mensurables fortalezas de las que protegerse del invasor. Enseguida los ingenieros y escultores localizaron una cantera de piedra en la falda de un volcán, cuya materia prima podía resultar idónea para sus construcciones. En la isla no tenía sentido alguno levantar una fortificación defensiva, pero de un modo u otro, el laborioso pueblo deseaba dar rienda suelta a su creatividad y continuar la tradición de sus ancestros, por lo que todos aguardaron ansiosos la decisión de su dirigente.

El líder alzó su poderosa voz para hacerse oír por encima del impetuoso clamor de las olas contra los arrecifes.

—Construiremos colosales esculturas que reproduzcan con fidelidad los rasgos de nuestros rostros, tan denostados por los hombres. Y llenaremos la isla de estatuas erguidas en nuestro honor —sentenció.

Los últimos de los suyos sabían que habían recalado en la isla para morir, aunque fuese dentro de mucho tiempo. En todo caso, y hasta que llegase aquel momento, nadie les impediría cimentar un legado que dejar para la posteridad.

Capítulo 1

Viernes



Moai: estatua de piedra monolítica de enormes dimensiones y con forma de busto humano, característica de la cultura rapanui. El término «rapanui» designa indistintamente al pueblo aborigen, a la etnia de sus habitantes y al idioma.

Los *moai* no se encuentran en ningún otro lugar del mundo, salvo en la Isla de Pascua.

La última claridad del día se extendió por la meseta, la roca basáltica del litoral y la inmensidad del océano Pacífico. Aquel delgado manto de acuarela revistió la hierba de un tono dorado y las sosegadas aguas, de un refulgente color azul turquesa. El sol se replegó tras la ladera del volcán Rano Kau, cuya silueta se recortaba pulcramente en el horizonte, dispuesto a dejar una vez más que la noche engullese a la minúscula, a la par que sublime y misteriosa, Isla de Pascua.

Era viernes tarde y ya no quedaba ni un alma en la excavación. Tras una semana de extenuante trabajo bajo un sol de justicia, los operarios se habían ganado su nada desdeñoso sueldo y un merecido descanso que se prolongaría durante todo el fin de semana. Yo, en cambio, aún me distraía catalogando algunas piezas, dichoso de hallarme en aquella isla, aunque algo inquieto también a causa de una noticia que había recibido aquella misma mañana de labios de una persona en la que no había pensado en muchísimo tiempo y a la que no esperaba volver a ver.

Traté de apartar los pensamientos que me rondaban la cabeza y me centré en la tarea que estaba llevando a cabo, clasificando los vestigios que le habíamos arrancado a las entrañas de la tierra esa jornada. Esboqué una sonrisa y recordé mi primera vez en la isla, once años atrás. Por aquel entonces no era más que un arqueólogo novato que trataba de suplir su falta de experiencia a base de trabajo, voluntad y toneladas de esfuerzo. Ahora, a mis cuarenta y un años, regresaba formando parte del equipo directivo de una ambiciosa expedición tras ser nombrado recientemente subdirector del Centro de Estudios Rapa Nui. Era el pri-

mer español que lo conseguía, y todavía me sonaba extraño que mis colegas chilenos de la Universidad de Valparaíso antepusieran a mi nombre, Germán Luzón de Estrada, el ilustre tratamiento de «don».

Decidí que ya no podía demorar por más tiempo el encuentro que me aguardaba en el pueblo y salí de la caseta prefabricada que hacía las veces de cuartel general. Una suave brisa me rozó la cara y el olor a hierba recalentada asaltó mi fino olfato. Los aledaños al *ahu* Vinapú constituían el lugar elegido para efectuar la primera tanda de oportunas prospecciones. Los *ahus* eran las plataformas ceremoniales fabricadas en piedra sobre las cuales los antiguos habitantes de la isla solían erigir a los *moai*. El equipo había resuelto cavar cuatro zanjas perfectas en torno al *ahu* Vinapú —cargado de especial significación—, cuya exploración podría reportarnos indicios acerca de los primeros asentamientos humanos de la isla.

Di unos cuantos pasos y, antes de abandonar el recinto arqueológico, admiré una vez más una de aquellas gigantes estatuas de piedra convertidas ya en icono universal de la Isla de Pascua. La megalítica escultura ignoró mi presencia, al tiempo que provocaba en mí una sensación de profunda pequeñez. Los *moai* poseían cabezas rectangulares, narices largas y rectas, labios finos, mandíbulas poderosas y unas amplias orejas que llegaban hasta el cuello. Desde el primer día que los contemplé brotó en mí una pregunta que me había perseguido de manera obsesiva y para la que aún se carecía de una respuesta cierta: ¿quiénes fueron en realidad los modelos que sirvieron de inspiración a los primitivos autores de las figuras, cuyos rasgos y facciones no se encuentran entre los miembros de ninguna tribu polinesia?

A decir verdad, la historia de la Isla de Pascua continuaba siendo todo un enigma repleto de episodios extraordinarios, y había despertado desde siempre la fascinación de los expertos que se habían asomado al abismo de su pasa-

do: el incierto origen de sus primeros pobladores, la leyenda de Hotu Matua —el primer *ariki* de la isla—, la fabricación y el traslado de los descomunales *moai*, la fratricida guerra entre los «orejas largas» y los «orejas cortas», el culto al hombre pájaro, su aún no descifrada escritura jeroglífica, el contacto con los primeros exploradores europeos, y la evangelización llevada a cabo por los misioneros católicos, poco antes de su definitiva anexión a Chile, tras la cesión de su soberanía a finales del siglo XIX.

Todos los misterios, en realidad, podían resumirse en uno solo: ¿cómo había sido posible que en una isla tan pequeña y aislada por completo del mundo exterior, se hubiese podido desarrollar una civilización tan prodigiosa, capaz de concebir expresiones monumentales similares a las creadas por las sociedades de la América precolombina?

Pese a mis reticencias, me puse por fin en marcha antes de que el ocaso me cogiese desprevenido y el aliento de la noche me cubriese de repente. Opté por regresar dando un largo paseo, pues apenas me separaba kilómetro y medio de Hanga Roa, capital y único núcleo urbano de la isla. En mi fuero interno aún me resistía al encuentro con aquella persona salida de mi pasado. No obstante, ya me había comprometido, y de ninguna manera daría marcha atrás. Me preciaba de ser un hombre de palabra.

Avancé siguiendo el litoral. El camino era árido y pedregoso, desprovisto de vegetación hasta donde alcanza la vista, salvo por algunos campos de cultivo que se extendían en torno a un puñado de viviendas unifamiliares de reciente construcción.

Resoplé profundamente varias veces seguidas y me preparé para lo que estaba por venir.

La excavación arqueológica se había iniciado quince días atrás, y aunque todavía no habíamos realizado ningún hallazgo de genuino interés, no estábamos preocupados

porque apenas habíamos comenzado a rasgar la tierra, y sabíamos que los verdaderos descubrimientos no los haríamos hasta haber alcanzado mayores cotas de profundidad. Los plazos tampoco representaban un problema. Nos ceñíamos a la planificación inicial y al parsimonioso ritmo de la propia isla, y todavía nos aguardaban por delante varios meses de arduo trabajo, tras los cuales esperábamos cumplir con los objetivos que nos habíamos marcado.

La excavación estaba financiada con fondos europeos, la mayoría de ellos procedentes del museo Kon Tiki —situado en Oslo— que se había erigido en el principal valedor de la empresa. Al frente del equipo internacional se encontraba Erick Solsvik, director de dicho museo, antropólogo y un reconocido experto a nivel mundial de la cultura pascuense. Erick respondía al típico patrón noruego: alto y fornido como un vikingo en lo físico, pero poseedor de un elevado nivel intelectual y extremadamente refinado en sus maneras. Aquella suponía su tercera visita a la isla, motivada por asuntos de naturaleza exclusivamente profesional.

Yo era el segundo de a bordo y participaba en calidad de jefe del equipo de investigaciones arqueológicas. Erick había contado conmigo para su proyecto debido a la amistad que nos unía, surgida tras múltiples encuentros por medio mundo en el seno de foros y congresos organizados en torno a la cultura rapanui.

Hans Ottomeyer, geólogo y vulcanólogo alemán, ejercía la función de responsable científico de la expedición, y encarnaba la tercera pata que sustentaba el proyecto. De condición afable, aunque de trato tímido y apocado, su meticuloso trabajo y su excelente preparación habían bastado para que Erick le seleccionase a él antes que a otros candidatos con mayor experiencia.

También contábamos con la debutante Sonia Rapu, una joven arqueóloga rapanui que nos superaba a todos en entusiasmo y ganas de trabajar, y cuya condición de local fa-

vorecía las relaciones con la cuadrilla de operarios, todos ellos naturales de la isla.

El equipo lo cerraba el viejo Reinaldo Tepano, un rapanui que ejercía como capataz de los obreros, y que pese a carecer de estudios de cualquier clase ya había participado en más excavaciones de las que podía recordar, habiendo dado siempre muestras de una profesionalidad incuestionable.

A pesar de la marcada heterogeneidad del grupo y la escasa experiencia de algunos de sus miembros, la integración era absoluta y el clima de trabajo excepcional, todo ello debido a la sobresaliente capacidad de liderazgo de Erick.

El trayecto se me hizo más corto de lo esperado y enseguida me vi deambulando entre la maraña de calles del distrito donde radicaba la casa hacia la que me dirigía, con pasos cada vez más inseguros. Aquella misma mañana había recibido la inesperada visita de una mujer rapanui llamada Hanarahi, con la que había mantenido un fugaz romance la primera vez que estuve en la isla.

Había transcurrido tanto tiempo desde entonces, que hoy en día me parecía que aquella historia hubiese tenido lugar en otra vida, que ya ni siquiera reconocía como propia. Y en cierto modo así era, pues en aquella época yo era todavía un soltero empedernido, independiente hasta la médula, sin la menor intención de formar una familia y asumir las cargas que implicaba semejante compromiso. Ahora, sin embargo, mi realidad era bien distinta: contaba con esposa y dos niños a quienes echaba terriblemente de menos. Los derroteros de mi carrera profesional me habían conducido hasta Chile, en una oportunidad sin igual, lugar donde habría de permanecer durante algún tiempo mientras mi familia aguardaba estoicamente en España a que se produjera mi regreso.

A primera hora de la mañana Hanarahi se había plantado ante la puerta del residencial donde me hospedaba. La